

ALEJANDRO DE HUMBOLDT



DE LA ESCLAVITUD*

He observado el estado de los negros en los países en que las leyes, la religión y los hábitos nacionales se dirigen a dulcificar su suerte; y sin embargo he conservado al dejar la América el mismo horror a la esclavitud que tenía en Europa. En vano algunos escritores perspicaces, para echar un velo a la barbarie de las instituciones con las ficciones ingeniosas del lenguaje, han inventado las palabras de *cultivadores negros de las Antillas*, *vasallaje negro* y *protección patriarcal*; porque es profanar las nobles artes del entendimiento y de la imaginación el disculpar con comparaciones ilusorias o con sofismas capciosos los excesos que afligen la humanidad y le preparan conmociones violentas. ¿Se cree que se adquiere derecho a no tener conmiseración porque se compare el estado de los negros

* El presente texto forma parte del capítulo VII, denominado "De la esclavitud", del *Ensayo político sobre la isla de Cuba*. Hemos utilizado la primera versión castellana de la obra (Editorial Jules Renouard, París, 1827; traducción de D.J.B. de V. y M.), actualizando la ortografía y modificando levemente algunas frases.

El *Ensayo político sobre la isla de Cuba* se publicó originalmente en francés, en dos volúmenes en octavo (Gide et fils, París, 1826). En esta obra, Humboldt reprodujo la última parte del tercer volumen de la edición en gran in quarto de su *Relation historique du Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent* (Tomo III, Smith et Gide fils, París, 1825). [Nota de J. L.]



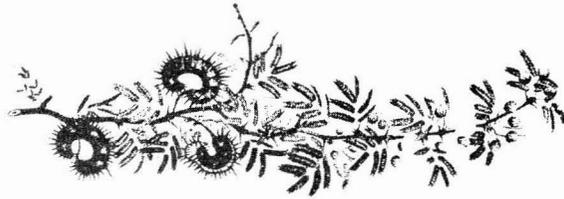
con el de los siervos de la Edad Media y con el estado de opresión en que gimen todavía algunas clases en el norte y en el este de Europa? Estas comparaciones, estos artificios del lenguaje y esta impaciencia desdeñosa con que se rechaza como quimérica aun la esperanza de una abolición gradual de la esclavitud, son armas inútiles en el tiempo en que vivimos. Las grandes revoluciones que el continente americano y el archipiélago de las Antillas han experimentado desde principios del siglo XIX, han influido en las ideas y en la razón pública del país mismo en que existe la esclavitud y empieza a modificarse. . .

La esclavitud es sin duda el mayor de todos los males que han afligido a la humanidad, ya se considere al esclavo arrancado de su familia en su país natal, y metido en los depósitos de un buque negrero, ya se le considere como parte de un rebaño de hombres negros apriscados en el territorio de las Antillas. . .

La filantropía no consiste en dar un poco de bacalao más y algunos azotes menos; porque una verdadera mejora de la clase servil debe abrazar la posición total, moral y física del hombre. . .

Si la reunión de los propietarios, y si los congresos o legislaturas locales no adoptan las mismas miras, y no obran conforme a un plan bien concertado, y cuyo último objeto sea la supresión de la esclavitud en las Antillas [el





germen de la destrucción estará latente]. Hasta tanto, por más que se lleve cuenta de los azotes, por más que se rebaje el número de los que pueden darse de una vez, por más que se requiera la presencia de testigos y por más que se nombren protectores de los esclavos, todos estos reglamentos dictados por las intenciones más benéficas, se eluden con facilidad; porque la separación de los plantíos imposibilita la ejecución; y los reglamentos suponen un sistema de inquisición doméstica, incompatible con lo que se llama en las colonias, "derechos adquiridos". El estado de esclavitud no puede mejorarse pacíficamente del todo sino por la acción simultánea de los hombres libres (blancos y de color) que habitan las Antillas, por los congresos y legislaturas coloniales, y por la influencia de los que, gozando de gran consideración moral entre sus compatriotas, y conociendo las localidades, saben variar los medios de hacer la mejora, según las costumbres, los hábitos y la posición de cada isla. . .

Algún día no se querrá creer que antes de 1826, no había en ninguna de las Grandes Antillas una ley que impidiese el vender los niños de corta edad y separarlos de sus padres, ni que prohibiese el método degradante de marcar los negros con un hierro candente, únicamente para reconocer con más facilidad el ganado humano. . .

Los hombres de color libres (negros, mulatos y mestizos) han abrazado con calor la causa nacional; y la raza bronceada ha permanecido en su desconfianza tímida y en su impassibilidad misteriosa, sin tomar parte en los movimientos de que ella, a pesar suyo, obtendrá provecho algún día. Los indios, mucho antes de la revolución, eran agricultores pobres y libres, y aislados por la lengua y las costumbres, vivían separados de los blancos. Si con menosprecio de las leyes españolas, la codicia de los corregidores y el régimen enredado de los misioneros ponían muchas veces trabas a su libertad, había gran distancia de ese estado de opresión y de embarazo, a una esclavitud personal como la de los negros, o a una servidumbre como la de los labradores en la parte esclavona de Europa. El corto número de negros y la libertad de la raza indígena, de que ha conservado más de ocho millones y medio la América, sin mezcla de sangre extranjera, caracterizan las antiguas posesiones continentales de España, y hacen su situación moral y política del todo diferente de la de las Antillas, donde, por la desproporción entre los hombres libres y los esclavos, se han podido desenvolver con más energía *los principios del sistema colonial*. . .

No se puede alabar bastante la prudencia de la legisla-

ción en las nuevas repúblicas de la América española, que desde su origen se han ocupado seriamente en la extinción total de la esclavitud. Esta parte dilatada del mundo tiene, en cuanto a esto, una ventaja inmensa respecto de la parte meridional de los Estados Unidos, donde los blancos durante la guerra contra Inglaterra han establecido la libertad en beneficio suyo, y donde la población esclava, que llegaba ya a un millón y seiscientos mil, se aumenta aún con más rapidez que la población blanca. . .

Para que progresivamente se consigan aflojar los lazos de la esclavitud, se necesitan: la más rigurosa observación de las leyes contra el tráfico de los negros, penas infamantes contra los que las quebranten, la formación de tribunales mixtos y el derecho de vista ejercido con una reciprocidad equitativa. Es ciertamente triste el saber que, por descuido desdeñoso y culpable de algunos gobiernos de Europa, el tráfico de negros (hecho más cruel porque es más oculto), arranca de nuevo al Africa, de diez años a esta parte, casi el mismo número de negros que antes de 1807. . .

Sábase con harta certidumbre que sólo las Antillas inglesas han recibido en los ciento y seis años que precedieron al de 1786, más de 2 130 000 negros arrancados de las costas de Africa. En la época de la Revolución francesa, el comercio de esclavos suministraba 74 000 por año (de los cuales 38 000 eran para las colonias inglesas y 20 000 para las francesas). Fácil sería probar que en todo el archipiélago de las Antillas, en el cual apenas hay 2 400 000 negros y mulatos —libres y esclavos— han entrado desde 1670 a 1825 cerca de 5 000 000 de africanos (negros bozales). En estos cálculos chocantes acerca del consumo de la especie humana, no ha entrado en cuenta el número de desgraciados esclavos que han muerto en la travesía o han sido echados al mar como mercancías averiadas. . .

Para causar grandes mudanzas en el estado social, se necesita la coincidencia de ciertos sucesos, cuya época no puede calcularse de antemano. La complicación de los destinos de la especie humana es tal, que las mismas crueldades que ensangrentaron las conquistas de las dos Américas se han renovado a nuestra vista, en tiempos que creíamos caracterizados por un progreso asombroso de instrucción, y por una suavidad general de las costumbres. La vida de un hombre solo ha bastado para ver el terror en Francia, la expedición de Santo Domingo, las reacciones políticas de Nápoles y España, y podríamos añadir las matanzas de Chio, Ipsara y Misolonghi, obra de los bárbaros de Europa oriental, que las naciones civilizadas del oeste y del norte han creído que no debían impedir.